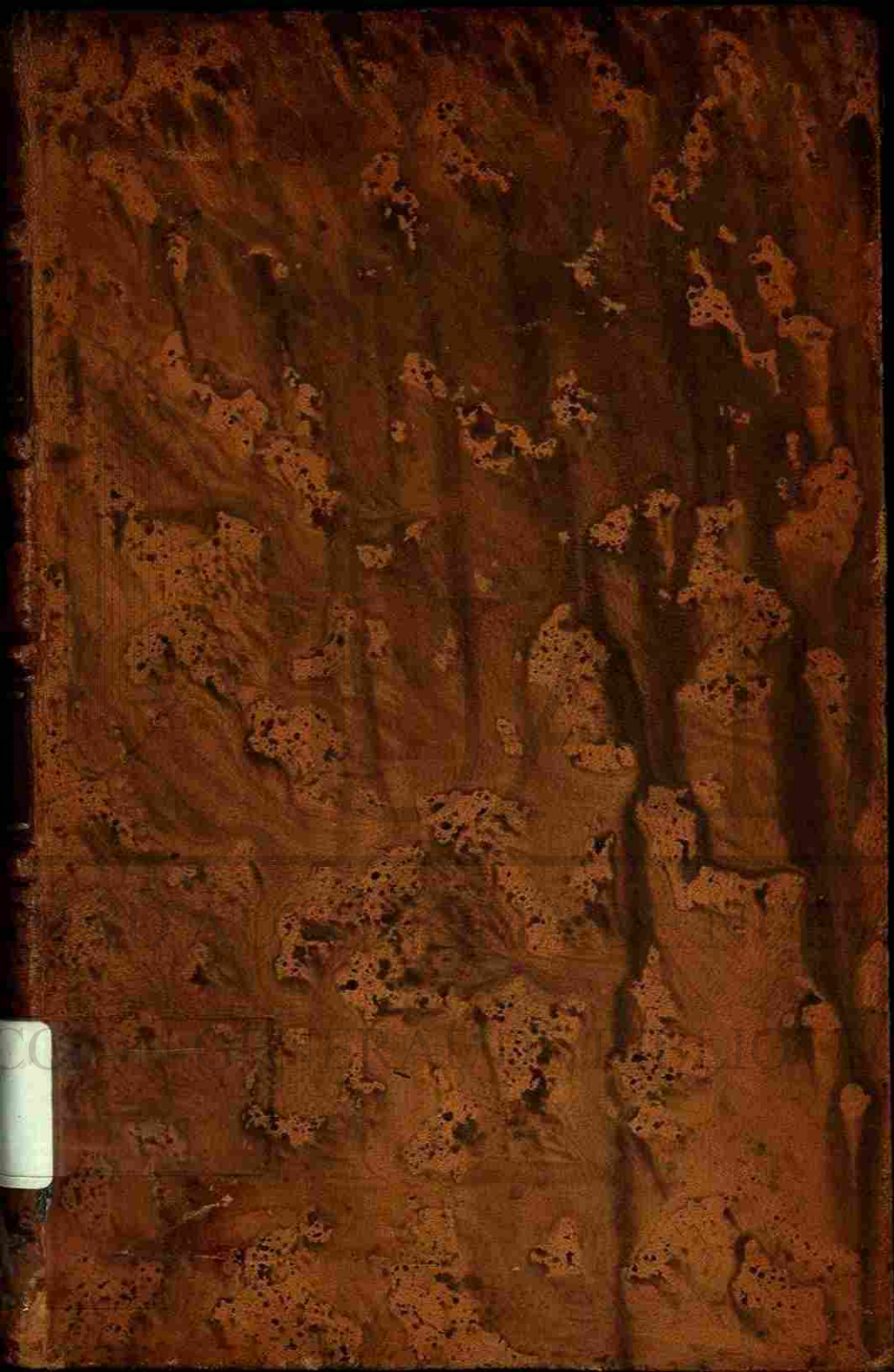




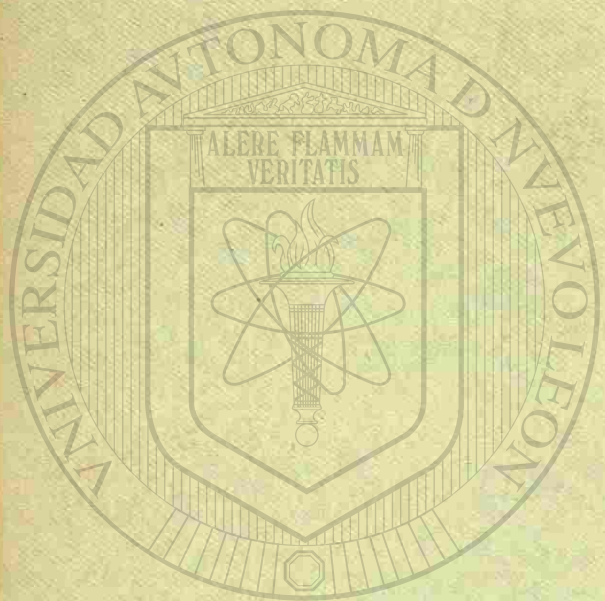
Castelar

El Ocaso
DE LA
Libertad

PQ6512
.C2
03



1020027250



EL OCASO

DE

LA LIBERTAD.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL OCASO

DE

LA LIBERTAD

OBRA LITERARIA E HISTÓRICA

DE

EMILIO CASTELAR.



FONDO[®]
RICARDO COVARRUBIAS

MADRID

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE MIGUEL GUIJARRO

calle de Preciados, número 5.

1877

86114

31274

860
C.

PQ 65.12

.C2

O3



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL

OCASO DE LA LIBERTAD.

CAPITULO PRIMERO.

LOS METAMORFÓSEOS.

Siempre recordaré una mañana de Abril transcurrida en la caverna más hermosa de la bahía de Parthenope. La misteriosa gruta recordaba á la mente el poema de la general transformacion. Aquella agua espesa y clarísima, con tantos colores en disolucion por sus abismos claros como el éter, nos parecia la materia pronta á formar un nuevo astro, un nuevo planeta; y aquellas bóvedas y paredes, como el molde en que debia forjarse y componerse. Así, el pensamiento volaba por lo infinito, y los mundos se nos presentaban como larvas de las cuales surgian raudos en vistoso enjambre nuevos astros. Veíamos la materia primera desprenderse del sol, como una pluma de las gigantes alas de un ave de fuego; el cometa errante nadar en los senos de la nebulosa inmensa como en el agua los peces; el planeta esférico

formarse por la irradiación del calor, rodando como una peonza de oro sobre sus ejes y en espirales infinitas alrededor de su centro de gravedad; las tempestades ciclópeas de los primeros volcanes en aquella universal incandescencia; las primeras aguas cayendo de la atmósfera espesísima sobre la ígnea colosal brasa y volviéndose á las alturas en nubes gigantescas henchidas de diluvios eléctricos, á cuyos truenos parecía desgajarse el Universo, y á cuyos relámpagos encenderse lo infinito; los mares inmensos envolviendo los espacios desiertos y alumbrados por las antorchas de los volcanes moribundos; las tierras surgiendo de los amores de las aguas recién caídas con los minerales recién forjados; la flora y la fauna colosal, cuyas raíces y cuyas ramas entrelazadas formaban selvas espesas y duras y formidables, cual si fuesen de hierro ó de bronce; las raíces del organismo en los corales, y en las acidias, y en los infusorios; su flor en el cerebro humano, del cual se desprende como el comienzo de lo divino la creadora, la inefable, la invisible esencia que se llama en nuestro imperfecto lenguaje el pensamiento, ó la idea.

¡Cuánta poesía la antigüedad ha puesto en el poema de las transformaciones! A cada paso brota un mito, cada mito es un símbolo, cada símbolo encierra un dogma de la metamorfosis uni-

versal. La cerúlea ninfa Liriope tuvo hermosísimo hijo, al cual puso por nombre Narciso. Al verlo crecer con tanto medro y tanta belleza, le preguntó al oráculo si viviría mucho tiempo el hijo de sus entrañas, y respondióle que viviría si no acertaba á verse á sí mismo. Cazador ligero, desnudo en el seno de la Naturaleza, errante por los bosques, el arco á la espalda, la flecha en la mano, robustecido por la castidad de su vida y el vigor de sus ejercicios, parecía, en la flor de su edad, en el vértigo de sus carreras, en los campos, despidiendo luz de los ojos negros é irradiando ideas de la frente espaciosa, como la movable estatua del amor animada por un soplo del cielo. Las ninfas, cuando corría ligero por el borde de los arroyos, sacaban para mirarlo su cabeza de las aguas, y se encendían por él en ardiente amor. ¡Cuántas hubieran dado su vida por depositar un beso en aquella frente, siquiera fuese tan casto como el beso que depositó Diana sobre la frente de Endimion dormido! Pero Narciso las desoía y despreciaba á todas. Una vez detúvose en su carrera, absorto, extático, fijos los ojos, mudos los labios, inclinada la frente, el dedo índice sobre el oído atento. Había tocado por un instante en su corazón dulcísima voz que repetía su voz, palabras de tono suave y melodioso que doblaban sus palabras, cánticos que copiaban su cántico en el

seno de la Naturaleza. Era la ninfa Eco, condenada por Juno, en sus celos, á repetir los últimos sonidos de todo cuanto oía. Enamorada, perdida, fuera de sí, corría desalada tras el jóven cazador, abrasándose en su sombra como las mariposas se abrasan inocentes en las llamas. Pero el hijo de Liriope se había detenido al eco de la propia voz, y no al amor de la graciosa ninfa. Y lanzaba palabras por el placer de oírlas repetidas. Y una vez dijo: «Unámonos». En el momento, «unámonos», repitió la ninfa, saliendo del bosque para lanzarse en brazos de su amado. Mas el ingrato, en cuanto la vió, la rechazó con rabia, y tuvo que retirarse á la soledad, y esconder la infeliz en el follaje la vergüenza de su encendido rostro y el color de sus encendidas lágrimas, trocándose poco á poco en árida roca y repitiendo eternamente elegiacos lamentos. Mas su venganza no tardó mucho tiempo. Otra ninfa, despreciada también, lanzó al jóven altivo, levantando los brazos á los dioses, una maldición que le condenaba á amar sin poseer el objeto de su amor. Y la maldición se cumplió. Había un lago transparente donde jamás bebieron los ganados, virgen y puro, cuyo cristal no fué desflorado ni por las hojas de una rosa ó de una violeta, ni por las alas de un ave ó de un insecto, lo mismo que el cristal de la gruta azul. Formábalo cristalina fuente que fluía de

esponjosa peña. Narciso, despues de haber corrido los ciervos por las selvas, se arrodilló en sus bordes y apagó la sed de sus labios. Pero una sed más ardiente acababa de despertarse en su corazón. Se había visto y se había enamorado de sí mismo. En vano quería acercarse á su imagen y abrazarla. Cercana á sus ojos por el reflejo, huía rápidamente á sus brazos. Las lágrimas de desesperacion enturbiaron el lago, borrando la imagen. Y se murió de pena. Y en las regiones de la muerte aún busca por las plumizas aguas de la laguna Estigia su propia adorada imagen. Las náyades sus hermanas lo lloraron y depusieron las largas cabelleras sobre la losa de su tumba; las driadas lo lloraron también; la ninfa Eco redobló sus gemidos; apercibieron todas la hoguera fúnebre, la antorcha aromática, las coronas y los ex-votos, y al ir á enterrarlo, encontraron en el lugar donde cayera su cuerpo una flor de rojo cáliz y de blancas hojas.

El adivino que anunciara la triste suerte de Narciso llamábase Tirésias, y con su prevision y con su acierto obtenia universal renombre. Todos en Tébas le consultaban, todos menos Pentheo, el cual llevaba la injuriosa incredulidad hasta reírse de los mismos anuncios realizados y echarle en cara al oráculo su antigua irremediable ceguera. El ciego Tirésias no veía cosa alguna ma-

terial, pero en su virtud sencilla y en sus sábias respuestas expresaba el profundo deseo de que su enemigo no viera las fiestas de Baco, pues en ellas mancharia con su sangre las patrias tierras y el seno amoroso de sus hermanas y de su madre. Tan terrible horóscopo se cumplió á la letra. Un dia llegó á las puertas de la ciudad de Pentheo el culto á Baco, culto sensual, que desde India hasta Grecia corriera celebrando desordenadas orgías. Huestes ceñidas de pámpanos y hiedra, ebrias de vino nuevo, acompañadas del címbalo y de las trompetas de dos tubos, con el áureo tirsó en las manos, el delirio en los ojos, la sacra palabra «Evohe» en los labios, recorrieron aquellos campos, é incorporaron á sus ceremonias y á sus sacrificios próceres y vulgo, niños y ancianos, mancebos y doncellas, padres y matronas, todo el pueblo. Pentheo, que habia visto su ciudad siempre consagrada á un culto severo, al culto de Marte, desdeñaba los báquicos transportes, y temia que los conquistadores de Tiro fueran conquistados, que sus cascos relucientes se trocaran en femeniles guirnalda, sus espadas cortantes en dorados tirsos, sus himnos patrióticos en voluptuosas canciones, sus ceremonias severas en locas orgías, su ardor heroico en báquica embriaguez. Así, mandó que le trajeran encadenado á Baco, y en su defecto, al primer sacerdote de Baco para

infligirle castigo tal que por siempre le ahuyentara de Tébas. Los enviados por Pentheo no hubieron á Baco, pero presentaron á Acétes. Contóle éste á su perseguidor cómo habia abrazado la religion del dios. Pobre de nacimiento y de familia, no recibió de sus padres ni campos, ni bueyes, ni laníferos ganados, ni otra herencia que el mar inmenso y el diminuto anzuelo. Cansado de pescar sobre su playa, inmóvil como la roca, estudió los astros, conociendo desde la pluviosa cabra de Amaltea hasta las constelaciones de Taygétes y de la Ossa, y desde las señales de las tempestades hasta las señales del tiempo propicio y los favorables vientos. Se embarcó resueltamente, y fué resueltamente piloto. Cierta dia, dirigiéndose hácia Délos, abordó en Náxos. Marcharon por sus órdenes los tripulantes á hacer la aguada, y trajeron un jóven hermosísimo, de virginales formas, encontrado en plácida gruta, y que apenas podia tenerse de pié, tomado de una completa embriaguez. El piloto reconoció en él un dios, y le prestó culto. Pero sus tripulantes lo tomaron por una buena presa, creyeron que obtendrian por él cuantioso rescate, y se alejaron de las costas. Mas comprendiendo que Acétes le habia tomado por un dios, rogóle el jóven que diera vuelta á Náxos. Empuñó el timon dócilmente la mano del piloto y se plegó al mandato divino.

Mas los tripulantes se sublevaron y quisieron darle muerte, deseosos de abordar á otra isla donde pudieran realizar sus criminales maquinaciones. Inútil la lucha de los hombres con los dioses. A una señal, detiénese el barco y tórnase como si fuera de tierra; sus remos brotan hiedra, y sus velas parras; el jóven se vuelve dios y se ciñe sus atributos divinos, rodeado de tigres y panteras; miéntras los cuerpos de los tripulantes se cubren de escamas, sus brazos se encogen en aletas, sus piés se alargan en colas, sus cabezas de hombres se truecan en cabezas de peces, y relucientes é inquietos como violáceos atunes ó jugueteros delfines, se lanzan á las ondas, saltan entre las aguas, jueguetean con las espumas, arrojan por sus narices entreabiertas ligeros surtidores á lo alto, y van á confundirse para siempre con los mudos seres de los marinos abismos. Desde entónces Acétes, el único perdonado, es sacerdote de Baco. Mas Pentheo no se persuade y encadena al bacante y se dirige al lugar de las ceremonias báquicas para interrumpirlas. Cuando llega, su propia madre lo toma por un furioso jabali y le lanza el primer dardo. Las otras bacantes, y con especialidad sus hermanas, lo despedazan. Y el anuncio de Tirésias se cumple, y el culto de Baco se queda para siempre en Tébas.

Mas ¡ah! que la guerra es universal, y sus

odios y sus horrores se extienden desde los abismos del mundo hasta las cimas del Olimpo. Baco ha perseguido y destrozado á un devoto de Marte; Juno atormentará á una devota de Baco. La hermosa Ino y su esposo Athamas duermen tranquilos en el palacio de Cadmo, sobre su lecho nupcial, con dos robustos y hermosísimos niños á su lado, frutos de castos y legítimos amores. Juno quiere atormentarlos porque Baco los protege; y á este fin descende desde las alturas donde la luz es eterna, y el iris extiende sus matices como el pavo real su vistosa cola, y el rocío cuelga sus cristalinas gotas, á los tortuosos y oscuros senderos, á las tinieblas espesas, al profundísimo silencio, al frio horror, á la bajada de los muertos hácia la eternidad abierta entre los mefíticos vapores de la laguna Estigia y las plumizas aguas del río Letheo, poblada de fantasmas pálidos como la ictericia y terribles como el remordimiento, sin huesos y sin piel, pero con mirar siniestro, cuyos destellos semejan los destellos de los fuegos fatuos en los letales campos de la guerra. Y ya en el infierno, la reina de los dioses suscita á la furia Tisifone contra sus pobres víctimas; y se vuelve al cielo despues de recibir un rocío de agua lustral despedido por la ninfa Iris, que quita á su cuerpo los siniestros reflejos de las infernales llamas y las sucias manchas de las frias som-

bras. Tisifone echa hácia atrás su cabellera de víboras, cuelga á los hombros su manto empapado en sangre, toma siniestra antorcha funeraria en las manos, se ciñe al cuerpo un cinturón de serpientes, se dirige al tranquilo lecho, y arrancándose sus animados cabellos que silban y destilan veneno y chasquean las rojas lenguas, los esparce sobre los cuerpos entrelazados de los esposos, y los suspende á sus felices corazones, donde hincan los dientes y muerden con mordeduras terribles, al mismo tiempo que un veneno formado de todas las sustancias más letales y más ponzoñosas del infierno se evapora y se extiende y se disipa por los aires para penetrar en los pulmones y abrasarlos, y abrasar en ellos la vida. El pobre Athamas, envenenado hasta el alma, ve en su mujer una leona, en su hijo mayor un cachorro, y asiéndolo fuertemente de los piés, y agitándolo en rápido círculo, cual suele el pastor agitar la honda sobre su cabeza, lo estrella, rompiendo todos sus huesos en las marmóreas paredes del palacio. Ino, loca también, pero huyendo instintivamente de tal horror, se lanza al mar con el segundo de sus hijos en brazos, y á ruego de Venus la admite Neptuno entre las diosas marinas. Pero las damas de Ino se quedan á la orilla, convertidas unas en graciosas rocas y otras en esas voladoras aves que rozan con sus

alas de incomparable nitidez las crestas espumosas de las ondas.

El mal también está entre los dioses y semidioses; también penetra, como agria levadura, en la masa de su vida y en sus transformaciones y metamorfosis. El viejo rey Niso, de las riberas lelegeyas, se halla encerrado en su ciudad, cercada por el joven rey Mínos; y toda su esperanza de vencer al sitiador consiste en cierto cabello rojo y en su exquisita conservación sobre la venerable cabeza, como que á ello han ligado divinos mandatos la fortuna. En verdad no es la primera vez que el peso de todo un reino ha pendido de tenue cabello. Los muros de la ciudad sitiada eran sonoros desde que los tocó Apolo con su lira, y tenían elevada torre, cuyas piedras pulsaban los dedos de la hija de Niso, produciendo tristes y suaves melodías. Desde aquel misteriosísimo lugar miraba la incauta joven al héroe sitiador Mínos, la cabeza coronada por áureo casco sobre el cual caía vistosísimo penacho, el brazo izquierdo oculto tras cincelado escudo, el brazo derecho ocupado con agudísima lanza, caballero en su rápido corcel, corriendo por doquier; y á la carrera hinchado del viento de las batallas que agitaba sobre sus espaldas el rojo manto de púrpura. Con tanto mirar al rey de Creta la hija de Niso cayó en la locura de amarlo, siguiéndolo

desde la alta sitiada torre con el pensamiento, con los ojos, con el deseo. ¡Cuánto envidiaba á veces los tejidos suspensos á los hombros del enemigo héroe, la espada ceñida á su costado, el arco y el dardo manejados por sus manos, las riendas con que sujetaba á su corcel, y el frio metal que ponía sobre su frente! Pero la angustia de la régia virgen era extrema, grande su incertidumbre, como enamorada del sitiador y del enemigo, á quien debiera desear la derrota y la muerte. Si volvía los ojos á su ciudad, el patriotismo la enajenaba, y si volvía los ojos al campo, la enajenaba más el amor. Si se acordaba de su padre, del trono, de la autoridad, de la gloria, su sangre hervía; pero hervía mucho más su sangre si contemplaba al lejano héroe. Y en estos transportes se alegraba de la guerra, causa de sus amores; del sitio, que le había permitido ver á su amado; de la nefasta fortuna de su pueblo. Y deseaba caer cautiva para ir á la tienda de Minos, echarse á sus piés, abrazar sus rodillas, devorarlo de cerca con sus ojos ansiosos, y rendirlo á su encendido amor. Tales arrebatos, cuanto más concentrados, tanto más terribles y más próximos á una locura ó á un crimen. Así fué en verdad. Los vapores del corazon llenan la conciencia de la princesa, y los delirios del sentimiento destruyen la serenidad de la idea. Su amor fué más fuerte que su patriotismo. Por el

amante, á quien viera desde léjos, sacrificó el padre, que le comunicara la vida. En lo interior de su sér se deslizó una idea falsa en justificación de un crimen horrendo. Puesto que la derrota es cierta, puesto que Minos ha de vencer por las armas de la guerra, venza por otras armas mucho más saludables, por las armas del amor. Además, á cada momento temía la infeliz que dardos despedidos desde la torre misma donde ella estaba hirieran al sitiador idolatrado y lo arrebataran á sus caricias. Sufrir más tiempo le era ya imposible, y dejar la ciudad para correr á los brazos de su amado, imposible tambien, por la vigilancia del padre-rey, por el número de centinelas solícitos, por los peligros del furioso cerco. Solamente le quedaba un medio de vencer á su padre, como se había vencido á sí misma: arrancarle el tenue cabello á que estaba atada su resistencia en aquella contienda. Y á la callada noche, después de largos insomnios, ebria de amor, exaltada por locas esperanzas y fantásticas visiones, ansiosa de ver poblada la soledad con los besos de su delirante pasión, se levanta del lecho, se dirige al cubiculo donde duerme su padre, entra de puntillas, se abalanza reprimiendo la respiración, le arranca el cabello fatal, y corre á la tienda del sitiador á ofrecerle su mano y la victoria. Pero Minos se horroriza de tanto crimen, y acep-

tando el fruto de la traicion, rechaza á la traidora. ¡Oh! La hija de Niso, que sólo pidiera en pago de su accion el amor, y que sólo aspirara á habitar en el reino de los enemigos de su reino, rechazada de toda la tierra, porque, ciudadana, habia entregado su ciudad; princesa, perdido su monarquía; hija, inmolado á su padre, se retuerce de desesperacion por aquel abandono, igualmente herida en sus amores y en sus ambiciones; y maldice á quien tanto habia bendecido y llama tigre á quien habia llamado Dios y conjura todas las potencias infernales para que le acosen; y viendo al que tantas veces abrazara en sueños como esposo huir de su lado y darse á la vela, arrójase al mar y agárrase á la quilla de su barco, no plácida como los bondadosos delfines, sino furiosa como los hambrientos tiburones, y de allí jamás se apartara, cogida como pegajosa concha ó gelatinoso pulpo á las húmedas tablas, si el padre-rey, convertido en rapaz ave marina, no descendiera á herirla y devorarla, por lo cual, compadecidos los dioses, la transformaron de súbito en ligera pluma que arrastraba el viento.

¿Quién se extrañará de estas cosas? ¿Quién pondrá en duda estas historias? El rio Aquelon le contaba á Teseo, albergándolo en su palacio, construido todo él de piedra pómez y adornado de verde musgo y pintadas conchas, en el banquete

donde las ninfas escanciaban deliciosísimas bebidas rebosantes de copas preciosas, que la isla cercana á su desembocadura en el mar fué hermosa náyade, con la cual tuvo profundos y nunca olvidados amores, cuya intensidad conmovió de tal manera á Neptuno, que transformara á la náyade en isla para que eternamente la abrazara el amoroso rio. ¿Quién no sabe la historia de Ceyx y Alecyon? Era Alecyon hija del dios Eolo, y se habia casado con Ceyx, audaz y valeroso marino. Espejo de felicidad debia llamarse tal matrimonio. La casa aparecia como un templo de amor, la vida como continuado encanto, y el marido existia solamente para la mujer y la mujer para el marido en la santa felicidad del matrimonio. La buena Alecyon, para quien su hogar comprendia el Universo, no concebía cómo tanta paz y tanta ventura se podian turbar por ninguna aspiracion que no fuera el eterno durar de su ventura. La vida para ella, en aquel momento, debia semejarse á esas fuentes clarísimas, de manantiales perpetuos, jamás aumentadas por la lluvia ni disminuidas por la sequia, iguales durante todas las estaciones en caudal y en temperatura. Pero el corazon del hombre no es tan dulce y tan tierno como el corazon de la mujer. Esta se encierra fácilmente en su nido, y se contrae á tan breve espacio; aquél necesita de más febril actividad y

se dilata con mayor empuje por el Universo. El marino, enamorado, fidelísimo, de probada constancia, de religioso culto por su joven esposa, debía viajar por los mares, oyendo la tumultuosa voz de sus instintos, y realizando la misteriosísima ley de su destino. Retenerle ó seguirle quería Alcyon, pero ni una ni otra cosa pudo conseguir de su esposo, cuyos labios, nunca engañadores, le prometían y le juraban próximo regreso. Suspiros y lágrimas en el hogar, insomnios en el lecho, besos y abrazos inacabables en la orilla, gritos al partirse, miradas inmóviles hasta que la nave ó la tierra se perdieran, la una en el mar y la otra en el horizonte, todo esto y mucho más pasó entre los esposos, doloridos ambos por aquella dolorosa separación. No había engañado su amor á la pobre Alcyon. Apenas pasa el primer día de viaje, cuando las olas blanquean, las aguas hierven, los vientos soplan, las nubes truenan, las trombas sorben, las lluvias estallan, las montañas de espuma suben, los abismos de sombras bajan, las estrellas huyen, los huracanes vienen, las arenas del fondo ascienden á la superficie, y el rayo atraviesa por todas partes, iluminando con sus siniestros culebreos un infierno de horrores, como si el cielo se anegara en el mar, ó el mar se subiera á los cielos, movidos ambos, azotados, desgarrados por gigantesco furor. En vano unos

marinos se lanzan al timon, otros recogen los remos, éstos pliegan las velas, aquéllos aseguran los mástiles, varios despiden el agua, y algunos amarran los cables; la tormenta rabiosísima sacude la nave en sus epilépticos estremecimientos, y las tablas se apartan unas de otras en medio de los tremendos asaltos de las férvidas espumas, y del horrible estrépito de los vientos en choque con las aguas, y del azote de los rayos y de las trombas sobre las espaldas del mar. La tripulación se acongoja, porque doquier vuelve la vista, sólo encuentra la muerte. Los amigos ausentes, la patria amada, la familia, las ilusiones queridas, las esperanzas acariciadas, la juventud próxima á perderse, la noche eterna próxima á venir, tristemente sirven de tema á las diversas invocaciones y lamentos de los náufragos al extinguirse sus fuerzas en el combate, al sentir el buque estremeciéndose bajo sus plantas, al caer en las aguas, al cogerse á la última tabla, al pronunciar la última palabra. Pero Ceyx, después de haber dirigido su plegaria á los dioses; solamente se acuerda de su esposa. Alcyon dice cuando la nave se abre, Alcyon cuando en las aguas se hunde, Alcyon cuando se ase á la última tabla, prolongando su angustia por prolongar su vida y prolongando su vida por pronunciar alguna vez más el nombre de su esposa. Mas al ver que sus fuer-

zas se acaban sin que se acaben los furores del mar, dirige votos al cielo en demanda de que sus despojos vayan á dar en las patrias playas, para ser regados por las lágrimas de Alcyon. Y una ola negra é impetuosa se eleva en forma de bóveda y le acaba. Mientras tanto, la fiel esposa importuna á los cielos con plegarias y ofrece á Juno sacrificios para que le conserve á Ceyx, ya muerto. Juno, para instruirla en su desgracia, expide la ninfa Iris á la gruta donde yace el Sueño, á fin de que le envíe á la pobre Alcyon en la callada noche un misterioso mensaje, indicio seguro de su suerte. En el hueco de alta montaña hay una caverna donde jamás entrara un rayo de sol, envuelta en vapores impenetrables á la luz, inaccesible casi á todo movimiento y á toda vida, donde en vez del perro que ladre ó el gallo que cante, donde en vez del susurro de las aguas ó del rumor de los bosques, sólo se oye la corriente de Letheo convidando al olvido y al reposo, bajo cuya advocacion, y entre adormideras, cicuta y otras plantas letárgicas, descansa sobre lecho de ébano, en colchon de plumas, bajo cobertura de sombras, el dios, rodeado de las innumerables formas de vagos é indecisos ensueños. Y á los ruegos de Iris, uno de éstos se posa sobre los párpados de Alcyon dormida y le anuncia su desgracia en la forma misma de su esposo. Apenas despierta

la infeliz con el alba, corre á la orilla, mira las ondas, y las invoca para que le digan la verdad entera, y le den nuevas del que los sueños le han mostrado muerto. En esto aparece sobre las ondas un cadáver flotando. «¡Ay! Cualquiera que tú seas,—grita Alcyon,—compadezco tu suerte, naufrago extinto, pero compadezco mucho más la suerte de tu mujer, si es que la tienes.» Las olas despiden el cuerpo á la orilla, y Alcyon se arroja sobre él. Un grito agudísimo destroza su garganta, un suspiro su pecho, la sangre le nubla los ojos, las lágrimas le inundan el rostro, y fuera de sí, como demente, se mesa los cabellos y se arranca con las uñas á pedazos la carne de su convulso cuerpo. Es su esposo. Las gentes acuden á sus gritos de dolor; pero la mujer viva y el marido muerto se truecan en dos aves, que hienden los aires y los llenan de sus plañidos, y rozan las ondas con sus alas. Y se aman allá en los aires y confían sus nidos á los mares, que durante siete dias los llevan sobre su superficie, dias serenos y suaves, porque Eolo refrena el aliento para proteger á sus desgraciados hijos y á sus queridos netezuelos.

Así han brotado muchas islas y han nacido muchas aves marinas. ¿Veis esas delgadas y zancudas, cuyo breve cuerpo apenas se mantiene sobre las patas larguísimas, y cuya cabeza huye

del prolongado cuelló, tristes y lamentosas como una elegía, sumergiéndose en el seno de los mares hasta desaparecer en ellos á manera de peces, cual si buscaran la muerte? Pues sus plañidos, su melancolía, su flaqueza, sus lamentos provienen de su origen. Erase un pastor, hijo del rey Priamo y de hermosísima ninfa. El regio niño tiraba desde la cuna á seguir la vocación de su errante madre. Así disgustábanle de todo en todas las ciudades, los muros, los monumentos, la compañía de los hombres. Para él no había grandeza como la magnitud de las montañas, ni deleite como la hermosura de las selvas, ni música como las melodías de los campos, ni cuadros como las puestas del sol contempladas en la soledad, ni estatuas comparables á las móviles ninfas, ni libertad como la libertad en el seno de la Naturaleza. Alma tan reconcentrada debía sentir necesariamente, tarde ó temprano, amor muy profundo. Y cierto día que vió á la ninfa Hesperia enjugándose los largos cabellos en las orillas del Cebreno, se enamoró de ella, y corrió á su presencia. Al ruido de sus pasos huyó Hesperia trémula y ligera como una cierva. En su carrera, traidora serpiente la muerde en las plantas, y la ninfa muere. Su blanco desnudo cuerpo tendido sobre la verde yerba, mal envuelto en la negra cabellera como en sedoso manto, aparecía bellísi-

mo con el frío de la muerte, cuya rigidez daba á todos sus miembros la transparencia del mármol. El jóven se inclina sobre aquel inanimado despojo, y viendo que no podía volverle el alma con sus calurosos suspiros, ni reanimarle la sangre con sus encendidas lágrimas, se sube á roca altísima, y desde su desolada cima se precipita en el fervido mar. Thétis, compadecida de su desgracia, le da alas que le permitan sostenerse sobre la superficie. Desde entónces el hijo de Priamo busca anheloso la muerte, y hasta la muerte le niegan los adversos hados.

Pero no acaban aquí las transformaciones. Había un pescador que pasaba su vida á las orillas del mar, ora tendiendo el copo en las aguas, ora tirando á las aguas el tenue hilo rematado por el anzuelo. Una pradera virgen, es decir, jamás hollada por la pezuña de los cuadrúpedos, bordaba las orillas de este mar celeste. Y sobre la pradera depositaba el jóven y hermoso pescador su reluciente pesca. Pocas cosas hay en el mundo que interesen tanto como la salida de un copo. Robustas gentes tiran de gruesas cuerdas, y gritos de entusiasmo alientan al rudo trabajo. Las redes han sido depositadas muy léjos desde los barquichuelos, y vienen pesadísimas, rompiendo á duras penas la resistencia de ondas y corrientes. Cuanto más pesan, más alegran, porque in-

dicen mejor resultado. Por fin los dos coros de marineros que se aproximan á la orilla, desnudos los brazos y desnudas las piernas, mostrando el pecho hasta en los rigores del invierno, con sus cuerdas al hombro prontas á caer sobre las maromas del copo y agarrarlas como si fueran serpientes, sacan la codiciada presa. Entre los agujeros de la red vienen amontonadas muchas algas, entre las algas muchas conchas, entre las conchas muchos animalejos diminutos como infusorios; pero grandes latidos, movimientos bruscos, saltos violentísimos indican que hay pesca, y en efecto, relucen, apurando los últimos sorbos de su atmósfera y combatiendo la asfixia, peces de mil tamaños y colores, rojos, rosáceos, azules, violados, entre algunas estrellas marinas y algunos corales, todos relucientes y brillantes, que dan verdadera alegría á los ojos, y convierten la playa, henchida de marinos atentos á la fecundidad de aquel trabajo y gozosos por su éxito, en una verdadera fiesta. Glauco, amante de la soledad, como casi todos los seres extraordinarios, desempeñaba él solo todos estos trabajos, y él solo cumplía todos estos diversos ministerios de la pesca. Una tarde sacó sus redes á la pradera cereana, cuyas yerbas jamás habia segado la hoz, y cuyas flores jamás habian rozado ni el aguijón de la abeja ni el ala de la mariposa. Tendido en el

mullido lecho contaba los pescados. ¡Cuál no sería su asombro al depositarlos sobre aquellas yerbas, y verlos renacer, palpar, mover la cola y las aletas, abrir gozosos las tráqueas, é irse con pasmosa celeridad, deslizándose á manera de reptiles por la tierra, hácia las saladas ondas, hasta precipitarse en su seno y revolverse alegres en nueva y más gozosa vida! La virtud de tales yerbas fijó su atención y despertó su curiosidad. Y para saber qué contenían, arranca algunas briznas, y las prueba. ¡Infeliz! Nunca lo hubiera hecho. Extraña agitacion le posee, el aire del cielo le falta, y un poder mágico le arrastra hácia las aguas. Sus brazos se levantan á las alturas, sus ojos se fijan en la luz, da un adiós supremo á nuestra atmósfera, y se hunde en los mares. Los dioses marinos lo convirtieron solícitos en dios también, despues de haberle dicho nueve veces las palabras mágicas y haberle bañado para que ganara la inmortalidad en cien rios distintos. Desde entónces todos esos reflejos verdes que toma el mar, y que ninguna paleta podría describir, se llaman glaucos. Las espaldas cristalinas del jóven dios, su larga cabellera, sus perfumados y al mismo tiempo claros ojos, dan á las aguas todos esos brillantísimos matices, y toda esa cristalina transparencia. Glauco es respecto á Neptuno como la luna respecto al sol, más dulce, más melancólico,

quizá más bello, aunque ménos poderoso y brillante y vívido. En las ondas rizadas, en las espumas ligeras, en las algas sedosas, en las estelas luminosísimas, en la florecencia de corales, en los dulces matices lo ven y lo adoran las ninfas de la orilla. Una que se negó á su amor, fué transformada por Circe en árida roca, que aún levanta, como sombrío contraste, su ceñuda frente por las risueñas costas de la divina Italia.

Así, cuando bogais por estas riberas de Ausonia, cuando veis las aguas del Tirreno mar, cuando recibis en la retina maravillada la alma luz, no encantan vuestros ojos en tan alto grado el corte clásico de las tierras, los verjeles encantados de los campos feraces, las largas cordilleras tachonadas de humaredas y de ventisqueros, las islas graciosas que surgen de las ondas, los cabos y los promontorios cargados de templos, las inflamadas tintas rojas del último crepúsculo, y las albas tintas perlas del primero; lo que más os maravilla son los enjambres de ideas, y las legiones de dioses, y los coros de ninfas y nereidas, y los poemas de recuerdos, y las églogas poéticas, y las tragedias históricas, y los espectáculos del espíritu levantándose varios y sublimes sobre los espectáculos de la Naturaleza.

¡Oh combustion universal de la vida, que das calor y forma á todas las cosas creadas! ¡Oh luz

que todo lo animas y lo conservas y lo transformas á tus besos de inefable amor! ¡Cuánto inspirais al que os siente y os contempla pegado al radio de su existencia como el insectillo á las hojas de la planta! Las fuerzas del Cósmos luchan en una batalla gigantesca y se equilibran dulcemente en una armonía perfecta. Ningun sér, desde el oscuro escarabajo que se arrastra en la tierra hasta la canora alondra que canta en lo infinito, se exceptúa ni de inscribirse en los ejércitos del combate universal, ni de anotarse en las escalas armónicas y en los coros innumerables del universal amor. Este aliento que sale de mi boca, ese humo que se escapa de un pedazo de leña ardiendo por la boca de mi chimenea, van sobre las alas del aire á fortalecer las fibras y á pintar los tejidos de las grandes hojas que en las altas ramas se columpian. Todo se transforma. La misma fuerza empuja la ola que se encrespa sobre los abismos del mar, y el ténpano que se desprende en aludes de cristal y en torbellinos de hielo desde las desiertas cimas del monte. La destrucción universal sirve á la universal reconstrucción, y la muerte de todos los días á la perennidad de la vida. Una semilla que se pudre da el pan que me alimenta, y una flor que se marchita, el oxígeno misterioso cuyos glóbulos coloran y calientan en las venas mi sangre.

Arbol, que recoges las sales de la tierra por tus raíces ocultas en la oscuridad, y regalas aromas y aire vital con tus flores acariciadas por la luz; tú, que conviertes en místico incienso allá por tu copa las toscas materias absorbidas por los tubos y por los filamentos de tus piés, ¿no eres imagen fiel de nuestra vida, que pasa desde los más rudimentarios sentimientos á las más etéreas ideas, con sus plantas en el barro también y con sus alas en el cielo? Nuestros cuerpos, compuestos de invisibles celdillas, son como los panales, donde los vientos, las aguas, los rayos del sol, la chispa eléctrica, el fluido magnético, depositan, á manera de invisibles abejas, la sabrosa miel de la vida. Esas columnas huracanadas, esos torbellinos gigantescos que alzan nubes de polvo, acaso traen el fosfato de cal necesario á mis huesos. Ese vegetal que se abre camino á través de las piedras, acaso busca el átomo de hierro necesario á caldear mi vida. El grano de uva transparente que apaga mi sed y satisface mi hambre en el otoño me da cal, como el escultor da cal á los bocetos de sus estatuas; la hoja de té cuya infusión he bebido en las veladas de invierno, acaso me da férreo manganeso y sirve á mi vida como sirve el férreo cincel á la estatua. ¡Cuántos golpes de ese hierro invisible, transfundido en mi ser por una planta misteriosa, habrán aumentado los

golpes de mi sangre en la fragua del corazón y de los pulmones!

Atomos, que andais como una lluvia eterna por lo infinito, moviéndooos en danza perpetua y formando misteriosos círculos, ora caiga vuestro polvillo brillante sobre las tenues alas de la mariposa, ora enrojezca las tintas de la aurora boreal, ora se condense en los cristales de roca, ora se disipe y desvanezca en el humo, al movimiento que os arrastra, á la afinidad que os junta, al inmenso crisol químico que os produce, estamos todos subordinados y sometidos por nuestra respiración y por nuestra nutrición, como el último de los infusorios. Cada planta es como una cocina alquímica donde sin conjuros, sin sortilegios, sin fórmulas cabalísticas, un alquimista invisible fabrica la verdadera piedra filosofal, más rica que el oro, á saber: la albúmina, indispensable á nuestra alimentación. Sus tegumentos convierten el ácido carbónico y el agua en esa azúcar, necesario á nuestro ser, sacándola de la mina más transparente y más cercana y más rica, del aire vital. La pobre planta es la grande organizadora de la materia inorgánica, y la que más contribuye con sus exhalaciones de oxígeno á la universal combustion de la vida, pues cada uno de nosotros ardemos en nuestra humildad como arden los soles en el inmenso cielo.

Nuestro cuerpo contiene cenizas y azufre como los volcanes, sales como los mares, electricidad como las nubes tonantes, fósforo idéntico al fuego que se agarra al mástil de los buques y que culebrea en las estelas de las ondas, hierro como las minas, cal y fosfato de cal como los campos, ácido carbónico como la ardiente llama, oxígeno como la hermosa flor herida por la luz, cuyos aromas absorbemos con verdadero anhelo. Y está de tal manera en relacion estrecha con el Universo, que recibe de todo el Cósmos y por todo el Cósmos despidе en una circulacion perpetua los átomos componentes de su organismo, sujetos á una eterna transformacion en la Naturaleza y á un continuo movimiento: que solamente á este precio es posible la vida, al precio de una descomposicion y recomposicion incesantes, en cuyas operaciones se tocan y se confunden el nacer y el morir perpetuamente. El cuerpo es como un horno cuyas paredes y cuyas bóvedas fueran tambien candentes por sí mismas, y en el cual echaran combustibles todas las cosas creadas. El ave que abre sus alas en los espacios inmensos es como un haz de llamas, como un aerolito ardentísimo por la viva intensidad de su calor. Asi no hay cadáveres. Su putrefaccion es una serie de nuevas combustiones vitales. Con sus átomos se tiñe de colores una flor, con sus jugos se hin-

cha de azúcar un sabroso fruto, con el fósforo de sus huesos se alimentan otros jóvenes huesos de los cuales se irradia la esperanza en el advenimiento de nuevas generaciones. La materia es una guerra perpetua, pero tambien es un perpetuo comercio; dos fuerzas que luchan se envian mutuamente sus átomos y se cambian sus respectivas sustancias. Así las excrecencias, los despojos, los restos, todo cuanto parece inútil, perdido, muerto, abriga los campos, fecunda como levadura de vida la tierra, se extiende en savia por las raíces, y se condensa en sustancias que calman el hambre de muchas generaciones y que aseguran la existencia de muchos pueblos. Hé ahí los eternos metamorfóseos.

Somos parte integrante de lo infinito. Desde el mundo donde estamos confinados vemos un fragmento del cielo, el cual es tan reducido respecto á la inmensidad como las tenues alas de fugaz mariposa respecto á nuestro cielo. El sol no es más que una de las estrellas diseminadas en los espacios. ¡Quién nos diera subir en alas de la electricidad á esos abismos cerúleos suspensos eternamente sobre nuestras cabezas, y ver en los varios mundos las varias formas revestidas por la impalpable esencia de la vida! Los nervios formarán allí como aquí arpas pulsadas por las chispas eléctricas. La ciencia ya nos ha dicho,

descomponiendo la lejana luz, cuán universales son las primeras sustancias, y cuán verdadera la existencia real de los elementos diseminados en todo el Cósmos; pero nada nos ha dicho aún de cómo varía en lo infinito el tejido de las formas y el collar del organismo. El oxígeno es la luz de la luz, como el pensamiento es el alma del alma. Y el oxígeno produce por todos los astros inacabables tempestades infinitas, columnas de llamas en las cuales deben brotar sustancias que se cristalicen, formas que se animen, vida que se eleve del divino calor. En el lumínar de cuya luz es nuestro día, de cuyo fuego es nuestra vida, de cuyos rayos son nuestros colores, van extendiéndose grandes sombras, las cuales nos anuncian una noche eterna en que podrá extinguirse, no ya nuestra pobre tierra, sino todo nuestro sistema planetario, envuelto en largos ataúdes de vapores y de tinieblas. Entónces nuestro planeta será más triste aún que esa luna muerta, y nuestra atmósfera, más tenue y más gaseosa y más indefinible que esos cometas, formas indecisas, sueños de la luz, pálidos fantasmas que vagan sobre los confines de la nada, fosforescentes fuegos fatuos de un cementerio sin límites, venidos á nuestra vista como almas en pena, tenues presentimientos de mundos por nacer, pobres pavesas de mundos ya extinguidos.

Los soles con sus coros de planetas, los planetas con sus coros de lunas, los innumerables aerolitos que brotan como enjambres en la flor azul de los cielos, las tempestades y las tormentas de fuego eterno, los hirvientes océanos de metales fundidos, las largas masas de materia cósmica llenas de evaporaciones y de condensaciones continuas, toda esta erupción de la vida, toda esta incandescencia en el espacio lanza á lo infinito mundos hoy vivientes para recibirlos acaso mañana muertos, y volver de nuevo á transformarlos en una destrucción y renacimiento sin término, como el tibio calor de la primavera convierte las larvas en gusanos y los gusanos en mariposas, ó como la gota de lluvia despierta con sus vapores los infusorios caídos despues de largo tiempo en el polvo, y renacientes á virtud de una ley divina, á virtud de la ley universal de las transformaciones.

Nosotros contamos la vida solamente desde que hemos tenido conciencia de nuestro sér. Pero es mucho más dilatada y más larga. Como hemos existido ántes de que tuviéramos memoria de nuestra existencia, hemos existido ántes de nuestra vida humana. Esta materia nuestra ha estado adherida al sol. Quizá ha sido el relámpago de una de sus tempestades, quizá el vapor de uno de sus volcanes, quizá la tenue gasa de la mate-

ria cósmica perdida y disipada en las irradiaciones de la Vía Láctea. Nuestro sér ha bogado por la inmensidad en alas de un cometa perdido y errante, como el polen de esas flores que el viento se lleva en sus giros y en sus torbellinos. Esta esférica gota de esencia cósmica llamada tierra ha temblado en el espacio como tiembla el rocío, y en esa gota hemos sido nosotros como invisibles infusorios. Esponjas del mar, ramas de coral, acacias informes representan las raíces de nuestro organismo. Y así como hemos cogido en el hogar de nuestro cuerpo las cenizas de los muertos y las hemos avivado, también hemos recogido en los anillos de nuestro organismo el detritus de todas las materias, el substratum de todas las operaciones químicas del Universo, y lo hemos convertido en filamentos y lo hemos fecundado con el caliente y vivificador riego de nuestra sangre. Y después de haber pasado por estas sucesivas transformaciones, por estas varias fases, hemos llegado al espíritu, y en el espíritu hemos entrevisto el Sér de los seres, el centro de los pensamientos, el alma de las almas, el sol eterno en que todas las cosas tienen su origen y todas las ideas su arquetipo, el inefable, el infalible, el santo, nuestro Dios.

Y, creedlo, así como en la esfera del Universo material reina la fuerza, y por combinaciones de

fuerzas se produce todo, en la esfera del Universo moral reina la libertad, y todo por la libertad se produce. El calor, el magnetismo, la electricidad, el movimiento, la mecánica celeste, la dinámica vital, todo es resultado de la fuerza cósmica; y el arte, y la ciencia, y el estudio, y el derecho, son como cristalizaciones varias de la libertad moral. El infinito espiritual y el infinito material coexisten. A las miriadas de astros corresponden miriadas de ideas. A la luz misteriosa en que se bañan los mundos se une la luz misteriosa del pensamiento. Como el cielo completa la tierra, el Espíritu completa el cielo. Como la tierra boga en el éter, el alma boga en Dios.

¿Y quién puede manchar el Espíritu y la Naturaleza? ¿Quién puede, cuando la evolución de los seres orgánicos se ha concluido, cuando la vida de la tierra se ha perfeccionado, levantarse sobre todos y hacer de todo un escabel para sus plantas, una corona para su frente? ¿Quién puede empañar con su aliento la transparencia de los cielos, y oscurecer con sus crímenes el mar de la vida? ¿Quién puede soltar en este eden del Universo la serpiente del mal? ¿Quién puede coger el Espíritu, oprimirlo, encadenarlo, y borrar casi su luz? ¿Quién es capaz de todos estos crímenes? El que es capaz de sustituirse a Dios mismo: un tirano.

Mirad esta isla de Capri, miradla en su hermosura. Mares de un color celeste como no los puede soñar ningún pintor; grutas que no serían más bellas si las hubiera cortado en transparentes zafiros; cabos y promontorios que abren deliciosas ensenadas; montañas por cuyas laderas se entrelazan las parras con los olivos, y los naranjales con los pinares; crestas sobre cuyos deliciosos recortes vuelan las palomas mezcladas con las gaviotas; hermosas mujeres cuyos ojos iluminan como estrellas de amor, y todo ha sido profanado por la sombra de los tiranos. El último de estos infames se cree con autoridad y con derecho bastante para sustituirse á esta trilogía eterna, á la Naturaleza, á la Libertad y á Dios. Vamos á verlo.

CAPITULO II.

UN EMPERADOR EN EL CAMPO.

En la parte más oriental de la isla de Capri, sobre la eminencia donde hoy campea la ermita de Nuestra Señora del Socorro, todavía se ven ruinas de grandioso edificio, que, según los más autorizados anticuarios, deben pertenecer á un palacio de Augusto. Suetonio dijo, y todos los historiadores con él repiten, que el sucesor de César detestaba las magnificencias orientales, propias de todo despotismo, y lo mismo en la ciudad que en el campo, habitaba modestas viviendas, propias para recordar cómo en su persona y en su tiempo no se habían extinguido por completo las virtudes antiguas de la República. Un magnífico palacio construido por su lasciva hija Julia fué de orden de Augusto derribado, y la casa imperial de Alba semejava al sencillo refugio del más modesto ciudadano de Roma, y no á la quin-

Mirad esta isla de Capri, miradla en su hermosura. Mares de un color celeste como no los puede soñar ningún pintor; grutas que no serían más bellas si las hubiera cortado en transparentes zafiros; cabos y promontorios que abren deliciosas ensenadas; montañas por cuyas laderas se entrelazan las parras con los olivos, y los naranjales con los pinares; crestas sobre cuyos deliciosos recortes vuelan las palomas mezcladas con las gaviotas; hermosas mujeres cuyos ojos iluminan como estrellas de amor, y todo ha sido profanado por la sombra de los tiranos. El último de estos infames se cree con autoridad y con derecho bastante para sustituirse á esta trilogía eterna, á la Naturaleza, á la Libertad y á Dios. Vamos á verlo.

CAPITULO II.

UN EMPERADOR EN EL CAMPO.

En la parte más oriental de la isla de Capri, sobre la eminencia donde hoy campea la ermita de Nuestra Señora del Socorro, todavía se ven ruinas de grandioso edificio, que, según los más autorizados anticuarios, deben pertenecer á un palacio de Augusto. Suetonio dijo, y todos los historiadores con él repiten, que el sucesor de César detestaba las magnificencias orientales, propias de todo despotismo, y lo mismo en la ciudad que en el campo, habitaba modestas viviendas, propias para recordar cómo en su persona y en su tiempo no se habían extinguido por completo las virtudes antiguas de la República. Un magnífico palacio construido por su lasciva hija Julia fué de orden de Augusto derribado, y la casa imperial de Alba semejava al sencillo refugio del más modesto ciudadano de Roma, y no á la quin-

ta del amo y señor dios de la tierra. Estaba muy lejos el primer Emperador romano del ostentoso lujo que gastara el último orador. En casi todos los sitios más bellos de Italia os mostrarán la tradición y la Historia ruinas de las quintas y palacios de Ciceron. Casa en el Palatino mirando al Foro, casa en las orillas de los lagos del Norte, casa enfrente de la cascada de Tívoli, casa en las alturas de Tusculum, donde al traves de las hayas podia contemplar en los lejos del horizonte la ciudad de Roma y cerca el campo de Aníbal, casa en Arpino, casa en Parthenope, casa en Puzzoli, casa en Bayas, á pesar del temor tantas veces manifestado de que le injuriaran y le calumniaran al verlo residir en sitios de pésimo renombre, como esta última ciudad consagrada á Vénus. ¿El caballero Ciceron queria demostrar adónde llevaban en la Roma libre los esfuerzos de la palabra y del ingenio, mientras el César Augusto queria demostrar cómo, aun despues de muerto, infundia á sus mismos sacrificadores culto casi religioso la República? Averíguelo Várgas. Pero la severidad del César debió tener algun mentis en Capri, cuando tan maravillosas aparecen las ruinas augustales, cuya magnificencia sólo se explica ó por una excepcion singular, ó por aditamentos y trabajos del sucesor de Augusto.

Lo cierto es que estas ruinas deben contarse

entre las maravillas arqueológicas de la antigüedad: sus muros espesos, sus columnas rotas, sus galerías espaciosísimas, los fragmentos de estatuas y de lapislázuli encontrados bajo sus escombros, los suelos de mármoles y mosaicos, los frescos que aún lucen á traves de las injurias de los elementos y de las cóleras de los hombres, las bóvedas de algunas cámaras todavía íntegras, las ágatas y las amatistas y los zafiros, signos de riquísimas incrustaciones, las estatuas de allí trasladadas, los fragmentos gigantescos, eterna argamasa sobre los cuales crecen hoy las ortigas, el jaramago, la cicuta y la zarza. Augusto se prendió en tal manera de Capri, que, como perteneciera á Nápoles, se la apropió, dando en cambio la grandiosa Isquia, no lejos del cabo Miseno. Al visitar la isla Parthenope creía visitar una isla arrancada al coro de las cycladas griegas. Hasta la supersticion romana le incitaba á la posesion de aquel terreno. Un árbol añoso y seco reverdeció el día de la toma de posesion, como para indicar el rejuvenecimiento de Augusto por haber tocado en la prodigiosa region. Y, á la verdad, cuando estais allí no podeis desasiros del influjo mágico que sobre vosotros ejerce el incomparable paisaje. Una montaña os sirve de pedestal gigantesco. Las olas jugueteen en los abismos y argentan con sus espumas los esponjosos escollos de

variadas formas. El Vesubio humea á vuestra derecha, y los dos anfiteatros de Nápoles y Bayas extienden sus graciosas curvas. Al Mediodía, los mares de Sicilia, resplandecientes siempre y siempre hermosos, presentan una inmensa y como brumida superficie en la cual se rompen los rayos de la luz y se reflejan los astros del cielo. Al Oriente, en primer término, el valle de Sorrento y el cabo de Minerva; entre el cabo de Minerva y la bahía de Salerno, las islas de las Sirenas; tras la bahía de Salerno, las abruptas y varias montañas de los Abruzos; al pié de estas montañas y en las orillas mismas del mar, los templos de Paesthum realzados por la magia de tanta luz, y repitiendo la incomparable y severa hermosura de la antigua Grecia.

Ya conocéis el teatro. ¿Deseáis conocer ahora el protagonista de este teatro? Al dios Augusto se le ha descompuesto el vientre. ¡Qué quereis! Su divinidad ha dominado el avizor espíritu del hombre, pero no ha podido dominar á la ciega naturaleza. Los años le abruman. La vejez lo acaba. Ronda la muerte en torno de su inmortalidad, y le da un mordisco en los intestinos. El dueño de la tierra se retuerce como cualquier mortal y busca en los aires frescos de la Campania alivio á sus dolores. Para distraerse y espaciarse, se ha llevado de viaje muchos amigos, y especialmente los

llamados de la primera admision; y yo supongo que entre ellos iria aquel estoico republicano Cremutius Cordo, el cual trazaba unos anales del reinado de Augusto, verdaderas elegías de la República muerta, verdaderas apoteosis de su inmortal recuerdo, donde se llamaba á Bruto y á Casio, inmoladores de Julio César, los últimos romanos. En el pasaje de Puzzoli á Capri, cuando la galera imperial apenas se apartaba de la orilla, acercósele una hermosísima nave de Alejandría, con pasajeros y navegantes alejandrinos, todos coronados de flores y vestidos de blanco, llevando en las manos pomos que exhalaban riquísimas esencias, y en los labios armoniosos loores en honor á quien, despues de ser bastante fuerte para vencerlos, fué tambien bastante magnánimo para no exterminarlos á todos y no arruinar su ciudad como Alejandro á Tiro y Escipion á Cartago. Augusto, que recordó en aquel momento sus mocedades, los varios triunviratos, la rivalidad con Antonio, la batalla de Actio ganada por milagro, la invasion en Egipto, el sitio de Alejandría, la muerte de Cleopatra, dió á su comitiva grandes cantidades con expreso encargo de emplearlas en mercancías alejandrinas. Al ver tanta generosidad, debieron decir los libertos, guiñándose el ojo: «Este se quiere morir». Llegado á Capri, é instalado en su palacio, presenció los juegos he-

lénicos que los efebos de la isla todavía recordaban y seguían como en memoria de su antigua patria, de la madre inmortal, de la divina Grecia.

Cuatro días habitó Capri, y en uno de estos días debió tener con el severo historiador, á quien llamaba como al poeta Horacio su buen republicano, esta conversacion que os transmito y humildemente os recomiendo, lectores míos, como una enseñanza moral para aprender esta verdad saludable, nunca bastante repetida en el mundo: todo despotismo es corrupcion, así para aquéllos que lo sufren, como para aquél que lo ejerce.

—¡Qué mañana de estío!—exclamaba Augusto desde su jardín.—El sol brillante, el aire fresco, la mar bella, la isla deliciosa. Todo me recuerda aquel día en que aceptamos Antonio y yo un convite de Sexto Pompeyo, á quien habíamos confinado, por un respeto supersticioso hacía la memoria de su padre, en el gobierno de Sicilia. Dábase la comida en sus galeras, y cuando más embebidos estábamos en los placeres propios de la mesa, vino á decirle el piloto misteriosamente que estaba pronto á cortar los cables, conducirnos á alta mar, y allí lanzarnos á las ondas para pasto de los peces. Y el hijo de Pompeyo le replicó: «Eso ¡ah! se hace y no se dice. Desde el momento en que lo has dicho, siquier sea solamente á mí, es imposible tu proyecto...»

—Admirable respuesta,—dijo Cremutio Cordo,—que no le eximió, Augusto, de tu venganza, á pesar de defenderle tanto la memoria de su padre, defensor desgraciado de la República. Si el pensamiento del piloto se realiza, hubieran cambiado los destinos del mundo. Unos cuantos sorbos de agua salada decidieran de todo. Pero no creas que nos has dado con vivir tanto tiempo seguridad alguna. Se acercan días fatales. Los dioses te han concedido una florida vejez, pero no esa inmortalidad que te decretan tus cortesanos y que tú recibes con amable sonrisa en los labios y dolor verdadero en el ánimo. Cuando ménos lo pienses, descenderás al sepulcro. ¿Y cuál será entonces la suerte de los que, Augusto, te sobrevivan? Nos dejas entregados á lo desconocido, y envueltos en sombras mucho más espesas y mucho más terribles que las sombras de tu muerte. El mejor tirano es el conocido. La mente no puede adivinar, por más que combine todas las suposiciones, de cuántos horrores, maldades, infamias, es capaz la tiranía.

—¡Siempre quejándote! Yo he conservado supersticiosamente la República. Yo he consentido que los plebeyos se reúnan á su arbitrio en los comicios por tribus y los patricios deliberen á sus anchas en el Senado. Consulado, tribunado, censura, nada te falta. ¿Qué temes? ¿Por qué tiembles?

—Tiemblo por Roma. Hay consulado, pero el cónsul eres tú; tribunado, pero tú eres el tribuno; censura, pero tú el censor. Antes todo eso lo era Roma, y Roma es inmortal. Ahora todo eso lo eres tú, Augusto, y tú eres mortal. ¿Y no quieres que temblemos al ver nuestra ciudad, que no cabe en la tierra, tal vez reducida á caber dentro del sarcófago de un hombre?

—Ya he asociado mi sucesor al Imperio; ya he elegido á Tiberio.

—Con que tú lo elijas, basta. En los antiguos tiempos las generaciones romanas venían á la vida seguras de elegir ellas mismas sus magistrados. Ahora dependen de un testamento. Sus magistraturas, pues, se alimentan de las cenizas de un muerto. Quieranlo ó no, han de aceptar al que les designé los caprichos del nacimiento ó los estertores de la agonía. ¿Y nadie sabe lo que pueden depararles esos juegos de lo más azaroso que hay en el mundo, del amor y la muerte?

—Pero Tiberio es un hombre maduro, instruido en las cosas públicas, de verdadero valor y verdadero mérito, como hijo de la matrona más ilustre que ha tenido Roma, como hijo de mi esposa Livia.

—No disputo sobre las calidades de tu enteñado. Ten por cierto que no igualan á las tuyas. Si yo hubiera elegido mis magistrados, te eligie-

ra á ti, Augusto, en la seguridad de elegir compendiadas la sabiduría y la prudencia. Pero te quisiera mi primer magistrado, y no mi señor; te quisiera designado por mi arbitrio, y no impuesto por la fuerza y conservado por la astucia. Tú al fin has visto la República, siquier fuese en sus postrimerias. Guardas algun respeto á las instituciones en que has nacido. Sabes cuánto merece el pueblo y lo cautivas con tus halagos. Al mismo tiempo que lo oprimes, lo acaricias. Pero tus sucesores habrán nacido en los palacios. Una guardia pretoriana les rodeará eternamente para interponerse entre ellos y el pueblo. Una nube de cortesanos les mentirá toda suerte de lisonjas en los oídos, acostumbrados á vergonzosa adulación. El Senado irá de rodillas á su cubículo, como ya ha ido al tuyo. Los sacerdotes les quemarán incienso que se les subirá á la cabeza. Y tratados como dioses, han de creerse dioses necesariamente. Y como dioses, han de disponer á su arbitrio de nuestra vida y de nuestra muerte, de nuestra voluntad y de nuestra conciencia, creyendo que les debemos hasta el aire que respiramos. No hay verdadera ventura sino en la verdadera dignidad. Ni hay verdadera dignidad sino en el seno de las libertades públicas. Yo quiero ser feliz, mas la primera condicion de la felicidad es que la busque y la encuentre yo mismo como á la

mujer propia. Si por mi la buscan y me la imponen, ¡ah! no la quiero. Antepongo á los funestos presentes del genio de Julio César las modestas y oscuras virtudes de Cincinato. Este ¡ah! te ilumina y aquél te deslumbra, y por lo mismo te ciega. Como quiero ver por mis ojos y pensar con mis ideas y sentir con mi corazón, quiero ser ciudadano y no súbdito, llevar al seno de Roma mi propia voluntad y no las voluntades ajenas.

—Cremutius, me miras con reconcentrado odio, como si yo fuera realmente fundador del Imperio. Esta nueva forma de la vida romana ha nacido, no de mi voluntad, sino de vuestros vicios. El lujo de las conquistas os había tristemente afeminado. El escándalo de las guerras civiles os había herido y desangrado. Exánimes en vuestros lechos de púrpura, se os cayeron de las manos tanto la espada de Escipion como el arado de Cincinato. Y os entregásteis voluntariamente á la tiranía, cuyas deformidades ocultaba un resplandor tan brillante como el resplandor despedido por el genio de César. ¿Quieres, por ventura, que, alargando dócil y resignado el cuello á la coyunda, no tuviera dueño y amo el pueblo rey de la tierra?

—Es verdad. La República se desmayó; pero vosotros convertisteis su desmayo en muerte. Aspirásteis á ser mayores que la ciudad, y lo conseguisteis. Vuestras frentes se irguieron sobre to-

das las frentes, y frisaron con el mismo cielo. Encontrásteis los hijos de los héroes profundamente decaídos; y en vez de darles á beber el vino viejo y fortificante de la antigua libertad, les disteis el oriental narcótico de vuestro mágico prestigio, y fomentásteis todos sus vicios. Creísteis haber acabado con la República, y habíais acabado con Roma. Vuelve los ojos, Augusto, á tu alrededor. Dejas la paz y el silencio, pero la paz y el silencio de la muerte. En la Tribuna de los Rostros no aparecen los oradores, y aparecen las prostitutas. El Senado es un rebaño que hoy encuentra un pastor y mañana encontrará un carnicero. La sombra de los tribunos se pierde en las alturas del Palatino, porque los tribunos ó son Césares ó cortesanos de los Césares. El pueblo no acude á los comicios por acudir á los circos. Las artes se hinchan, pero con la hinchazón de los cadáveres. La juventud se desnuda de la toga de lana para vestirse con la toga de púrpura, como los afeminados asiáticos. Sobre sus sienes no resplandece la corona de la gloria, sino la corona de la orgía. Los jóvenes romanos se han convertido de soldados de Marte en cerdos de Epicuro. Los muchachos, los viejos, los nacidos en la libertad y privados de este bien supremo vuelven los ojos del alma á la filosofía de la desesperación, á la indiferencia por todos los sentimientos, á la im-

pasibilidad ante todos los dolores, á las invocaciones de la muerte como único puerto de la vida. El suicidio se ha elevado á dogma, á esperanza universal. ¿Y sabes por qué? Porque todos ven que lo único permitido á su albedrío es la muerte. Contra ese acto de la voluntad nada puede tu poder. Son dueños de morir antes de que tú los mates, Augusto. Roma se pudrirá en la tiranía. Cuando tus días estén contados, y descendas al orco, y encuentres á nuestros gloriosos padres, dime qué cuenta vas á darles de nuestras leyes, de nuestras instituciones, de nuestras libertades. Augusto, Augusto, vuélvenos la República. Deja la herencia de César á los hijos de Roma, y no al hijo de Livia. Eres un dios, y no extrañes que te pidamos el alma y la vida; es decir, que te pidamos hasta de rodillas la libertad.

—¿La libertad? Cremutio Cordo, te desconozco. La libertad se conquista y no se pide. La libertad se gana blandiendo la espada en el aire, y no arrastrando las rodillas por el suelo. Ni tú puedes pedir la libertad, ni yo decretarla. Ese bien supremo no será nunca un regalo de los poderosos, sino una conquista de los ciudadanos. Si no se gana, no se obtiene.

Cremutio Cordo se cubrió el rostro con ambas manos, avergonzado de sí mismo, y asintiendo por primera vez en su vida á las palabras de

Augusto. Pero este dueño del mundo se sintió peor despues de aquel esfuerzo en su conversacion, y tembló al presentir los desórdenes en los asuntos del Imperio, á causa de los desórdenes en el vientre del Emperador.